

## POESÍAS

M.<sup>a</sup> JESÚS RUIZ PEÑA

Qué pálido ha dejado el tiempo el color del amor.  
Qué fríos los muros que acogieron un sueño venidero.

Qué tristes se han quedado los magnolios  
En el jardín de la vida.

La luna se ha puesto su mejor traje y  
la noche ya dura cada minuto, de cada día,  
de cada semana y de cada año.

El sol se ha hundido en las profundidades del mar y  
las caracolas no quieren traer tu voz.  
Aún así hay un lugar en la estancia  
donde recojo todos los colores,  
todas las músicas y todos los poemas.  
Es allí donde guardo el velo de la luna y  
el brillo del sol.  
Ese lugar, donde tú estás,  
conserva plegados todos los días que vivimos y  
me devuelven tu ausencia cada vez que los hojeo.

Hay días oscuros en los que la mente se anestesia  
y el cuerpo se asemeja a un carro cargado de piedras.

En esos días lucho contra mi debilidad y mi melancolía  
y a pesar de todo, me pueden.

Son días opacos y la cabeza sólo es capaz de transmitirme  
marañas de ideas.

Esos días, casi de duelo, en los que el espíritu  
se esconde bajo tierra, la distancia es cada vez más larga,  
el reloj camina torpemente e incluso tropieza y  
el corazón se transforma en un sorbo de gelatina.

Días y horas en los que confluyan causas y consecuencias  
provocando una tormenta devastadora,  
arrasando lo que encuentra a su paso, despojándome  
con ello de todo lo que me da alas para volar.

Son momentos de duda y perplejidad, de pesadillas  
y borracheras de decaimiento. Por ello debo encerrarme  
en la madriguera, contener el aliento, reposar la cabeza  
en el mejor hueco y esperar.

Esperar a que dé el último trueno y me azote el último soplo de  
viento. Entonces, llegará la hora de presentarme  
de nuevo a la claridad y observar los detrozos ocasionados  
y ahí, justo en ese instante, comenzar y olvidando el ayer,  
aunque sea muy reciente, porque sólo así cogeré fuerzas  
para soportar un nuevo huracán.

Ahí, con la claridad como compañera, disfrutando del día cristalino que vuelve a amanecer permaneceré íntegra y engalantaré de nuevo nuestras vidas con esas pequeñas cosas que nos hacen felices.

Todo pasa, hasta lo inesperado y todo nos aporta cordura.

Hoy puede ser un día gris. Tanto como otros ya vivimos o quizá más, nunca se sabe, pero he de convencerme de que sólo llegará el final, al menos el de mi existencia, cuando doblen a muerto. Y para entonces habrán sucedido a esos días grises otros luminosos, nítidos y felices.

Porque así gira la vida.

No debemos olvidar que el laberinto tiene puerta de entrada y de salida.

Camino bajo la lluvia y me cobijo en mis pensamientos.  
Recorro calles infinitas. Eternas como mi melancolía.  
Sin rumbo ni destino fijos cruzo paseos y avenidas.

Llueve y sólo me acompañan mis recuerdos,  
que son tuyos.  
Esos recuerdos que suelen doler tanto.

Tu imagen se dibuja en cada esquina, en  
cada recodo del camino y tu verbo se  
apodera de mí, golpeándome fuerte.

No estás, pero te siento.

Te fuiste, pero no te marchaste nunca.

Tu voz, tus sueños venideros, el roce de tus manos  
no me abandonaron del todo.

Has dibujado rutas de colores en el mapa de tu vida  
y las has recorrido. Viajero incansable.

Conocedor de muros del más allá  
y te has deleitado en cada una de sus ciudades  
y de sus calles.

No estás, pero no te fuiste del todo.

Camino bajo la lluvia y el eco de tu voz roza mi destino.  
Calles tortuosas y vacías voy dejando a mis espaldas.

Reflejos de luces de neón que se bañan en las aguas  
remansadas por donde paso.

Semáforos intermitentes en señal de una pausa  
en la semana.

Hoy no estás, te marchaste, pero no te fuiste del todo.  
Tu recuerdo reposa en cada uno de estos versos.

Te fuste y mi verso se hizo tuyo.